

NOTAS CRÍTICAS EN TORNO AL ANÁLISIS HISTÓRICO TRADICIONAL

Eduardo Muñoz.



Al plantearse una teoría de la ideología que la explica y reconoce como una relación ilusoria de un lado y alusiva de otro, nos interesa poner en evidencia en el terreno de historiografía, la relación discurso-objeto que se establece en los tipos de narración histórica que se inauguran como tendencia promediando los años cincuenta; hacer explícito el sistema de preguntas que organiza este modo de narración y que condiciona las respuestas que este ha procurado.

Tratándose de la producción historiográfica chilena es innegable que ésta desde la fecha indicada a esta parte, en la medida en que se le consignó como otro campo del debate ideológico, estableció en forma más abierta un compromiso con los problemas objetivos planteados por su tiempo a la ideología. Fue la llamada generación del treinta, identificada con el movimiento popular, la que declaró sin ambages la existencia de esta relación de identificación en su quehacer historiográfico, con ello entraba a formar parte, porque así lo quería, en la lucha de concepciones opuestas del mundo, tomando partido en ella a favor de las masas populares en el terreno de la representación del pasado y oponiéndose en este nivel a la historiografía tradicional. Sus desvelos dieron como resultado la incorporación de problemas no tratados ni sistematizados como preocupación en la temática historiográfica; el empleo de esquemas de análisis y categorías conceptuales desconocidas, inaugurando un horizonte de inquietudes en el campo histórico explorado, posteriormente, por especialistas de otras disciplinas, orientados por idénticos móviles, pero interrogando aspectos distintos del objeto histórico (1).

Para preocuparnos, en particular, de esta tendencia aparecida en la historia de la historiografía, comenzaremos por señalar que "no es la materia de la reflexión lo que caracteriza y califica la reflexión, sino la modalidad de la reflexión, la relación efectiva que la reflexión mantiene con sus objetos ..." (2), lo que permite definir un avance decisivo en lo que al co

(1) Los economistas, por ejemplo, se comprometieron con el problema histórico al preguntarse por los antecedentes de la industrialización chilena; los sociólogos interesados en los problemas de la estructura social y el poder político.

(2) Althusser, Louis: "La Revolución Teórica de Marx", Cap. "El Joven Marx", Edic. Siglo XXI, 1967.



nocimiento se refiere. Ello supone al tratar de referir la historia al conocimiento establecer previa y reflexivamente el objeto y el terreno específico desde el cual éste es pensado. Los historiadores por una deformación profesional que los estimula en el trabajo empírico positivos, esmerándose en la búsqueda de fuentes y antecedentes, han llegado a acumular un material significativo para su tarea pero, desgraciadamente, han confundido esta progresiva y lenta recopilación con el progreso del conocimiento, sin reparar en que el quiebre con la historiografía anterior suponía resolver, previamente, el problema epistemológico de precisar una teoría científica del objeto y someter a examen los procedimientos empleados para conocer puestos en uso tácitamente por la narrativa histórica.

La tendencia de que nos ocupamos en la historiografía puso en evidencia nuevos materiales de la historia, seleccionó ámbitos del pasado en temas como el movimiento obrero, el imperialismo, las clases sociales, los partidos políticos etc., pero al igual que sus antecesores en la disciplina no explicó los cánones de conocimiento empleados para trabajar los nuevos datos e integrarlos a un "status" teórico científico. En otras palabras, la incompreensión, que hasta aquí ha existido, de la necesidad teóricas, en el caso de los historiadores nuestros, una norma dictada por el carácter de su aproximación a la historia, en ella han confundido lo fáctico con su explicación, el proceso real con el proceso de conocimiento, la génesis de lo real con la construcción del saber, quedando prisioneros de una ideología empiricista del conocimiento común a todos y sin reparar en que el uso del lenguaje como materia constituyente de su discurso, establece una relación exigente con los conceptos que son los que en definitiva resultan adecuados o no para dar cuenta de los hechos. En otro sentido, la desestimación de explicaciones estructurales que son las únicas que explican, en la tendencia que estudiamos ha tenido por efecto crear en su propio interior, verdaderas especialidades en los distintos niveles, según la parte del objeto escogido para el estudio. La política en este aspecto ha acaparado su atención, más tarde la economía y luego la sociología se han avocado al tema de la historia. Sin embargo, todo este regionalismo en nada ha alterado el fondo común a todos estos fraccionamientos, que siempre tratan de despejar la noción de la génesis empírica del conocimiento histórico en los respectivos ámbitos en que se ha dividido su conocimiento; han procurado así antecedentes que siguen una línea causal de explicación en donde el encadenamiento sucesivo del material mostrado va estableciendo el hilván entre un antes y un después limitado por el fraccionamiento cronológico, sin llegar a establecer una idea del saber que su pere lo registrado en las fuentes y documentos, principio y fin de todo su conocimiento. Por esta vía se ha seguido a su vez todo un debate, en torno al ámbito que más puede resultar definitorio para hablar de una coyuntura histórica determinada. Como tradicionalmente se sostuvo que nuestro país poseía un subdesarrollo relativo de su sistema político en relación a la economía, la tendencia ha encontrar determinante lo político tuvo gran acogida. Sin embargo, las tendencias recientes han enfatizado el estudio "economicista", amparados en la convicción de la "determinación en última instancia del nivel económico".

Lo cierto es que ni una, ni otra tendencia a encuadrar el objeto ha podido establecer un conocimiento seguro y orgánico; ambas tendencias permanecen

irreductibles la una a la otra, aunque para el menos calificado observador quede claro que un conocimiento histórico que no convoque ambos aspectos respetando su identidad, pero a su vez dando cuenta de su articulación, representa una falta notoria en una representación de la sociedad, de su cambio y mutación como el que el conocimiento de la historia debe proporcionar. Lo que viene a quedar en claro de este antagonismo es que en la historiografía pesa la falta de una teoría científica de su objeto de conocimiento. Dicha teoría supone dejar en claro que su actividad propia es, no mostrar acontecimientos o un proceso de cómo éstos se han desenvuelto en un nivel determinado de una sociedad histórica cualquiera, sino producir un conocimiento de esa sociedad en sus momentos más significativos, en donde los materiales empíricos sean tratados con el apoyo de conceptos afines a su objeto para construir y elaborar con ellos una interpretación en la que queden registrados, teóricamente, los datos suministrados por la recopilación.

Una crítica a la forma tradicional del quehacer historiográfico, y a sus nuevas variantes supone entonces, una nueva elaboración, una "ruptura epistemológica" definida a partir de una crítica a la epistemología irreflexiva empleada hasta aquí, tomando para ello como objeto de la crítica a la propia historiografía para desvanecer sus supuestos y fundamentos y estableciendo sus limitaciones para proponer a su vez la superación de su enfoque. Este proceso de demarcación pone en evidencia un nuevo campo temático cuyo comienzo hace resaltar los problemas aún no resueltos dentro del campo hasta ahora explorado, ello exige conocer los caminos que hasta aquí ha recorrido la historiografía, para poner en evidencia sus límites y proponer un nuevo horizonte de sentido.

Dicho está que nuestra historiografía en su trayectoria ha estado, en más de una vez comprometida con los problemas ideológicos de su tiempo. Este hecho significativo para mostrar sus motivaciones, pone en evidencia la relación que se anotaba entre ideología y problemas ideológicos. Refiriendo esta relación a las interpretaciones históricas, la historiografía que las ha producido ha debido en su instante hacerse cargo de problemas planteados en el nivel político, sobre todo a la necesidad de plantear alternativas de salida al atraso y estagnamiento de la sociedad chilena. En este sentido, sus interpretaciones han servido para avalar la proposición de fórmulas alternativas a los esquemas predominantes. Como lo cita Aníbal Pinto en el prefacio a su obra -aceptando la crítica que le formulara Sem part Assadourian- su texto se inscribe "en un propósito que dominaba en nuestro medio allá por los comienzos de la década de los años cincuenta. Este era recoger en el pasado, más o menos reciente por la medida histórica, puntos de apoyo para la formulación e impulso de proyectos nacionales"

(3) La generación del treinta produce sus obras desde los comienzos de esta década; los exponentes anteriores a partir de 1912 (4), ambas tendencias

(3) Pinto, Aníbal: "Chile, un caso de desarrollo frustrado". Prólogo a la tercera edición. Edit. Universitaria, 1973.

(4) Nos referimos en especial a F. Encina, Alberto Edwards y Jaime Eyzaguirre.



se vinculan al debate político, los segundos a partir de la crisis llamada oligárquica, marcada por el problema social, la caída del ciclo de expansión salitrera y la recesión mundial; los primeros en una fase de crisis política en la que la frustración y desencanto resultante de la experiencia del Frente Popular plantean la necesidad de introducir reajustes en la estrategia política de los sectores populares para poner el acento en la tarea de construir una alternativa independiente que liquide la posibilidad de someterse a un liderazgo de las clases dirigentes (5).

La vinculación a que nos referimos y sus consecuencias para el conocimiento histórico que se intenta establecer, requiere para dirimir los problemas que involucra precisar algunas distinciones. La primera de éstas dice relación con los tipos de prácticas que se articulan y forman parte de la "práctica social". Tanto la política, como la ideología y la ciencia en este sentido deben definirse y explicitar sus ámbitos propios, sus límites, objetos y función, en una teoría científica de ellas como prácticas reconocidas "que existen en una sociedad determinada" (6). La materia de esta teoría proporcionada por estos niveles de actividad apunta a definir la especificidad de cada una de ellas, su efecto particular y su relación con el conocimiento. De aquí pues la necesidad de precisar sus diferencias. La ideología en este sentido define su objeto como la conciencia de los sujetos, en la política ese objeto es la mantención o transformación de las relaciones sociales, lo propio del objeto de la práctica teórica científica es el conocimiento. La elaboración de este último supone una discontinuidad cualitativa de la ciencia en relación a su práctica precedente.

Nadie niega en el caso de la historia, que la dificultad que opone el mundo existente a la acción política que persigue transformarlo, obliga a replantear toda la representación histórica de ese mundo, para superar los obstáculos en este nivel. Con ello queda abierta la necesidad de apoyar la resolución de los problemas con la aparición en un ámbito distinto, de un conocimiento que sirva de base a su acción.

La historiografía chilena ligada a los núcleos progresistas quiso dar cuenta en su momento de las dificultades planteadas en el plano político proponiendo una versión de la historia que orientara y fundara las aspiraciones transformadoras de la práctica política. Sin embargo, su pretensión de establecer un conocimiento cualitativamente superior, en este terreno, que sostuviera la voluntad transformadora de la realidad, suponía procesar críticamente la noción del conocimiento que ponía en juego para dar por superada las tendencias anteriores. En ello se adelantó dando por hecho que con la sola apelación a temas y actores de la realidad social no tratados el problema quedaba resuelto, cuando lo que efectivamente hacía era trasladar, con esta operación de cambio, la misma ideología empiricista del conocimiento empleada por la historiografía anterior. Por otra parte, confundió su aproximación a la práctica política; ésta sin duda pertenece en cualquier

---

(5) Jobet, Julio César: "Ensayo Crítico del Desarrollo Económico y Social de Chile". Anales Universidad de Chile N° 81-82 1951.

(6) Sobre el problema anotado de las distintas prácticas ver Louis Althusser, op.cit. Cap. "Sobre la Dialéctica Materialista".

circunstancia a la historia, pero la aproximación a ella del hombre de acción y del historiador difiere si aceptamos las diferencias de objeto de la política y de la ciencia.

Tanto para el hombre de acción como para el historiador los problemas del nivel político existen, pero en distintas dimensiones, para en un nivel práctico y para otro en su existencia abstracta. Elevar la praxis política a un estadio sometido a leyes de conducción y organización requiere sin duda tomar en consideración el factor conocimiento y en este caso a la ciencia histórica; de ahí que sea a todas luces insuficiente para responder a esta necesidad, una representación de la historia que de cuenta en un mismo nivel empírico de conocimiento de una "ideología proletaria" para oponerla a la "ideología burguesa" en la historiografía. En la ideología los hombres toman conciencia de los conflictos que tienen existencia en el mundo real, pero esté paso decisivo en el progreso de la conciencia subjetiva no permite acceder por sí solo al plano del conocimiento que nos interesa.

En las tendencias opuestas de la historiografía se advierte en este plano una consideración empírico-positiva que corresponde a una idea del saber que en su base está influida por una forma de enfrentar su objeto que pasa por alto o sólo toca tangencialmente la necesidad de la teoría. Demás está decir que al advertir este vacío no pretendemos minimizar la importancia de los materiales y datos aportados, sino más bien llamar la atención sobre el sistema de referencias teóricas para trabajar e integrar a explicaciones más armadas en lo teórico esas referencias. Las versiones con pueblo de la historia tienen su mérito cuando ajustan cuentas con esta "impasse" en la definición de los procedimientos empleados para conocer, se quedan desgraciadamente empantanadas en el mismo suelo cuando lo dan por resuelto previamente por la vía de contar el pasado de un actor desconocido conscientemente por otros enfoques. Abren sin duda, aunque con las salvedades anotadas, un campo de investigaciones intocado y rico en perspectivas, pero con el empleo formal o mecánico de su método solo alcanzan a invertir el campo significativo elegido para hablar del pasado.

El problema no reside en construir una versión de la historia distinta a la "historia oficial" que han escrito las clases dominantes, para poner en su lugar la versión de "una clase social (que) surge y afirma su fuerza" y que desea comprender el pasado e interpretarlo según las nuevas luces de su conciencia... (7). El problema es el conocimiento que una visión así puede concebir es claro que no es indiferente para la acción política la representación que se tenga de la historia, el efecto del conocimiento recae sobre la acción, sobre todo cuando ésta se trata de fundar científicamente, pero la debilidad del conocimiento, el error e insuficiencia de la representación ideológica también tiene su costo (8). Para nada vale a veces que sin tener presente el elemento teórico en que descansa la práctica política, ésta logre avances decisivos, un progreso sostenido así, sin conocimiento, tarde o temprano hará enfrentar su acción a dificultades y resistencias que obligarán a remediar la ausencia con el conocimiento "correspondiente al contenido" del estado de desarrollo de la sociedad en su momento.

(7) "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile", Edit. Universitaria, 1955. Prefacio, p. 14.

(8) Ver en relación a este problema el artículo de Luis Vitale: "América Latina: ¿feudal o capitalista?", en "Reforma o Revolución".



Sobre la base de las representaciones ideológicas de la historia anterior es posible llegar a formular proyectos políticos que pueden alcanzar éxitos relativos (9). Igualmente, al responder por los problemas políticos en un momento dado es posible procurar una respuesta que vaya más lejos que el presente y que se remonte por ende a la historia anterior.

El problema está en saber que ha sido considerado en uno y otro caso como objeto histórico, cómo ha sido encarado, que idea del saber se ha manejado, desde dónde y cómo se estructura la visión, cuál es su intencionalidad y que tipo de conocimiento dá por resultado.

Las diferencias que se pueden apreciar en todas estas necesidades e interrogantes dejan en pie el hecho de que ha existido consideraciones múltiples de un mismo problema, en este caso de un mismo objeto, que éste ha sido regionalizado, que hay diferencias conceptuales puestas en juego para tratarlo y que su resultado, las diferencias de interpretación, no resuelven la necesidad de conocimiento que de él se tiene. Nada es posible fundar al respecto si no se define, en pugna con lo hecho hasta aquí, una nueva concepción del conocimiento que constituya su objeto en otro nivel, dándole un sentido unitario y que le proporcione conceptos correspondientes integrados a un instrumental de análisis más adecuado para su problema.

(9) Ver en este problema el estudio de Carlos Ruiz: "Tendencias Ideológicas de la Historiografía chilena del Siglo XX". En Revista Escritos de Teoría II-III y IV. Aquí se precisan las dinámicas políticas de los trabajos históricos de Encina, Edwards, Vives y Jaime Eyzaguirre.